

CRISIS Y MIEDO EN LA SOCIEDAD LÍQUIDA: EL CASO DE LAS VIUDAS DE LOS JUEVES, DE CLAUDIA PIÑEIRO

CRISIS AND FEAR IN LIQUID SOCIETY: THE CASE OF CLAUDIA PIÑEIRO'S *LAS VIUDAS DE LOS JUEVES*

CRISES ET PEUR DANS LA SOCIETE LIQUIDE : LE CAS DE *LAS VIUDAS DE LOS JUEVES*, DE CLAUDIA PIÑEIRO

Sonia Fernández Hoyos

Universidad de Reims

sonia.fernandez-hoyos@univ-reims.fr

Fecha de recepción: 27/04/2023

Fecha de aceptación: 05/06/2023

DOI: <https://doi.org/10.30827/tn.v6i2.27993>

Resumen: A partir de los planteamientos de Zygmunt Bauman sobre la condición líquida, en este trabajo se propone un análisis de cómo los efectos de las crisis económicas y sociales se construyen literariamente en un texto como *Las viudas de los jueves* (2005), de Claudia Piñeiro. El inicio del siglo XXI ha mostrado, con sus diversas crisis económicas, sociales y políticas, las dificultades que entraña vivir en tiempos de incertidumbre. Como consecuencia de esas crisis, el miedo ocupará los espacios público y privado, en los que se manifestarán una cierta cristalización del odio, formas cotidianas de desprecio y humillación o el aumento de la desconfianza hacia los demás (como señala Carolin Emcke). Se analizarán estas cuestiones partiendo de la radical historicidad del discurso literario, esto es, desde un materialismo histórico y feminista.

Palabras clave: Zygmunt Bauman; condición líquida; crisis; Claudia Piñeiro; miedo; crítica literaria.

Abstract: Based on Zygmunt Bauman's ideas on the liquid condition, the present paper proposes an analysis of how the effects of economic and social crises are constructed in Claudia Piñeiro's *Las viudas de los jueves* [Thursdays' Widows] (2005). The beginning of the twenty-first century has shown, with its various economic, social and political crises, the difficulties of living in times of uncertainty. Derived from these crises, fear occupies public and private spaces, in which a certain crystallization of hatred, daily forms of contempt and humiliation or the increase of mistrust towards others (as Carolin Emcke points out) are manifested. These issues will be analyzed on the basis of the radical historicity of literary discourse, that is, from a historical and feminist materialism.

Keywords: Zygmunt Bauman; Liquid condition; Crisis; Claudia Piñeiro; Fear; Literary criticism.

Résumé : À partir des approches de Zygmunt Bauman sur la condition liquide, cet article propose une analyse de la façon dont les effets des crises économiques et sociales sont construits dans *Las viudas de los jueves* [Les veuves des jeudis] (2005), de Claudia Piñeiro. Le début du XXI^e siècle a montré, avec ses différentes crises économiques, sociales et politiques, la difficulté de vivre en période d'incertitude. En conséquence de ces crises, la peur occupera les espaces publics et privés, dans lesquels se manifesteront une certaine cristallisation de la haine, des formes quotidiennes de mépris et d'humiliation ou la croissance de la méfiance envers les autres (comme le souligne Carolin Emcke). Ces questions seront analysées à partir de l'historicité radicale du discours littéraire, c'est-à-dire à partir d'un matérialisme historique et féministe.

Mots clés : Zygmunt Bauman ; condition liquide ; crises ; Claudia Piñeiro ; peur ; critique littéraire.

La novela *Las viudas de los jueves* (2005, Premio Clarín de Novela), de la escritora argentina Claudia Piñeiro (adaptada por Marcelo Piñeyro en 2009, con guion del realizador y de Marcelo Figueras), cuenta, de forma fragmentada y haciendo uso del multiperspectivismo, en clave del género policíaco, la historia de un grupo de vecinos de una urbanización privada en las afueras de Buenos Aires en el transcurso de un período de tiempo que va desde finales de los años ochenta hasta 2001. Esta novela constituye un claro ejemplo de cómo, desde el punto de vista de la ficción, se construye un relato que tiene como principal protagonista la realidad económica a partir de finales de la década de los ochenta hasta la crisis económica de los últimos años del siglo XX y principios del XXI en Argentina. Si la década de los noventa había estado

caracterizada por un crecimiento económico logrado mediante una serie de reformas realizadas por el gobierno de Carlos Saúl Menem, a finales de la década esas políticas económicas condujeron a una recesión y a una profunda crisis que tendría su máxima manifestación en 2001.

Gabriela Copertari, en *Desintegración y justicia en el cine argentino contemporáneo*, describe esta crisis como un fenómeno de *desintegración* que culminaría en diciembre de 2001:

una suerte de apocalipsis pareció abatirse sobre la Argentina en diciembre de ese año, una crisis gigantesca que se presentaba como el punto culminante de una desintegración definitiva y total: la desintegración de la economía; del Estado; de la nación; del lazo social; de las representaciones a través de las cuales la sociedad argentina se entendía y se interpretaba a sí misma (1).

Esta desintegración será clave en el transcurso de la novela de Piñeiro, en la que estudiaremos las manifestaciones de la crisis a través de algunas de sus consecuencias fundamentales: la exclusión, la fragmentación, la alienación de la vida social, la pérdida de los vínculos o la identidad de clase hasta la tematización del miedo líquido.

1. Exclusión / inclusión: el fenómeno *country*

De acuerdo con la crítica, a partir de las reformas económicas neoliberales realizadas durante el gobierno de Carlos Menem (privatización de empresas públicas, el famoso plan de convertibilidad peso-dólar uno a uno, la apertura del país a las inversiones extranjeras), se produjo la siguiente situación:

Menem thus completed the transition to neoliberalism begun under the military dictatorship of 1976-1983. The government claimed that its neoliberal policies would lead the economic recovery and a high level of modernization that would allow Argentina to assume the status of a First-World nation (Griesse 58).

Para lograr ese objetivo con planteamientos neoliberales, Argentina se convirtió en lo que Svampa denomina “una sociedad excluyente”, al imponer “un esquema de crecimiento económico disociado del bienestar del conjunto de la sociedad [...] donde convergen modernización económica y dinámica de polarización social” (*La sociedad excluyente* 52). El problema es que, como apunta César Rendueles en *Contra la igualdad de oportunidades. Un panfleto igualitarista*, una sociedad que no tiene en cuenta el bienestar del conjunto será, inevitablemente, no solo una sociedad más desigual — como es evidente—, sino que en ella (también) los privilegiados vivirán menos tiempo y en peores condiciones.

Ese crecimiento económico tendrá como consecuencia inmediata la creación de unas barriadas o urbanizaciones de lujo, también denominadas *countries* (como ya había ocurrido en Estados Unidos), una suerte de guetos de lujo, oxímoron con el que se ha definido ese fenómeno, un particular “edén cercado”, como lo denomina Laura Elina Raso, fundamentalmente en la década de los noventa. Estos nuevos espacios se sitúan, por lo general, en los suburbios, en la periferia, es decir, en un espacio tradicionalmente ocupado por clases sociales trabajadoras, desfavorecidas, migrantes... Este hecho tendrá una gran importancia: como señala María Cecilia Arizaga, “la morfología urbana escenificó la fragmentación social” (cit. en Raso 28), esto es, estas construcciones evidencian y acentúan las desigualdades sociales y establecen una nueva relación de dependencia de las denominadas *barriadas satélites* respecto de las urbanizaciones privadas. Representan, además, el símbolo extremo de la lógica de la exclusión, de la que hablaba Norbert Elias, que marcará de manera fundamental el texto narrativo de *Las viudas de los jueves*, y que propone un juego permanente (así como una crítica implícita) de la dicotomía dentro / fuera de ese supuesto edén que representa el *country* de Altos de la Cascada, donde se desarrolla la acción principal de la novela de Piñeiro.

Este tipo de espacio privilegiado se configura como una muestra tangible y visible del éxito económico de las clases medias, que operan —al mudarse a esos espacios— una suerte de “self-segregation”, como apunta James M. Griesse (58). Maristella Svampa ha analizado este fenómeno de manera exhaustiva en *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*. Así, el éxito económico comportaría un cambio de vida y una elección —casi inevitable— de vivir lejos de la ciudad, que se ha convertido en un lugar apto para la vida profesional, pero que está lleno de peligros e inseguridades. Porque una de las razones que se suele aducir para justificar el traslado a esos paraísos cerrados es, precisamente, el de la seguridad.

La importancia del espacio es tal que se convierte prácticamente en un personaje más de la novela. Así se introduce, contada por Virginia Guevara (o Mavi Guevara, nombre que utiliza en el ámbito profesional), una de las voces del texto:

Altos de la Cascada es el barrio donde vivimos. Todos nosotros. [...] El nuestro es un barrio cerrado, cercado con un alambrado perimetral disimulado detrás de arbustos de distinta especie. Altos de la Cascada Country Club, o club de campo. Aunque la mayoría de nosotros acorte el nombre y le diga La Cascada, y otros pocos elijan decirle Los Altos. Con cancha de golf, tenis, pileta, dos *club house*. Y seguridad privada. Quince vigiladores en los turnos diurnos, y veintidós en el de la noche. Algo más de doscientas hectáreas protegidas a las que sólo pueden entrar personas autorizadas por alguno de nosotros (Piñeiro 22).

Se define como una suerte de *locus amoenus*, que cuenta con las ventajas ya difíciles de asegurar en la capital, fundamentalmente, la tranquilidad que aporta contar con seguridad privada y el aislamiento en relación con los demás, que ejercería una protección (al menos ilusoria), de los eventuales peligros del exterior:

Las calles tienen nombre de pájaro. Golondrina, Batibú, Mirlo. No guardan un trazado lineal típico. Abundan los *cul-de-sac*, calles sin salida que terminan en una pequeña rotonda parquizada. Una especie de callejón más cotizado que el resto por ser menos transitado, más tranquilo. Todos quisiéramos vivir en un *cul-de-sac*. En un barrio no cerrado, un callejón así desvelaría el sueño de quien lo tuviera que transitar, sobre todo de noche; temería ser asaltado, emboscado. En La Cascada no, no sería posible, uno puede caminar a la hora que sea, por donde sea, absolutamente tranquilo porque nada puede pasarle (Piñeiro 23).

El contraste con el barrio *satélite* es evidente:

Un poco más lejos, por el camino que lleva a la ruta, empieza Santa María de los Tigrecitos, un barrio de casas sencillas de distinta calidad de construcción, casi todas viviendas levantadas por sus propios dueños, o sus parientes o amigos. Quienes viven allí dependen del trabajo que les proveemos en Altos de la Cascada. “Barriada satélite” la llaman en los informes de la Comisión de Seguridad, donde aconsejan apoyarla, ya que sus oportunidades de trabajo fluctúan de acuerdo con la tasa de crecimiento de nuestro barrio, y eso influye directamente, según el informe, sobre nuestra propia seguridad (Piñeiro 84).

Una de las voces narrativas, encarnadas en el personaje de Virginia Guevara, se planteó ubicar en esta barriada satélite su negocio inmobiliario, pero descarta rápidamente la idea:

[...] era cierto que ese lugar no iba a funcionar. Es raro que los de Los Altos nos detengamos en Santa María de los Tigrecitos. Pasamos tan rápido como nos lo permiten los lomos de burro. No hacemos las compras allí, los negocios abastecen a la misma gente que los rodea. Las calles de tierra, la falta de lugar adecuado para estacionar, pero sobre todo la distancia que los separa de la casilla de seguridad de entrada a Altos de la Cascada nos hace mantenernos alejados. Dicen que en Los Tigrecitos hay robos todos los días. Algunos dicen que se roban entre ellos, ellos dicen que vienen de otros barrios. Difícil saberlo (Piñeiro 86).

Esa vaguedad, esa supuesta imposibilidad de saber qué ocurre realmente en la barriada satélite tendría que ver con una elocuente forma de vivir de espaldas a los otros de la que el *country* sería un máximo ejemplo, y constituye una consecuencia más de la denominada “politics of fear” que, de acuerdo con Slavoj Žižek, consiste en:

a politics which renounces the very constitutive dimension of the political, since it resorts to fear as its ultimate mobilizing principle: fear of immigrants, fear of crime, fear of god-

less sexual depravity, fear of the excessive state itself, with its burden of high taxation, fear of ecological catastrophe, fear of harassment (40).

Ignorar a los otros puede, además, entenderse como un efecto de la cultura de masas, como ha apuntado la crítica en relación con *Las viudas de los jueves* (Bezerra 24), pero para Žižek es una seña de identidad de la vida social, calificada por otros como debilidad y fracaso. Siguiendo a Žižek:

One of the things alienation means is that distance is woven into the very social texture of everyday life. Even if I live side by side with others, in my normal state I ignore them. I move in a social space where I interact with others obeying certain external “mechanical” rules, without sharing their inner world (59).

Así, Santa María de los Tigrecitos establece una relación de dependencia con Altos de la Cascada (sus habitantes forman el grupo de *los de abajo*, el personal trabajador de esa urbanización de lujo) y, al mismo tiempo, desde prácticamente el inicio de la novela, la presencia y proximidad de Santa María de los Tigrecitos constituye un peligro eventual, una amenaza sorda. Allí viven *los pobres*, a pocos metros de los privilegiados que residen en el *country* y que se *apropian* de esos pobres, hacia los que practican una suerte de misiones caritativas para acallar sus conciencias y para que sus descendientes vean —como si de un parque temático se tratase— que hay otras realidades menos privilegiadas, que los perdedores existen y que están cerca. Como señala uno de los personajes:

Las mujeres manejaban, entre otras cosas, el comedor infantil que estaba a unas cuerdas de la entrada de Altos de la Cascada. “Las Damas de los Altos”, se hacían llamar, y estaban armando una fundación. Teresa Scaglia, Carmen Insúa y Nane Pérez Ayerra. Trataban de interesar a Mariana para que se sumara a su cruzada [...]. “Tenés que venir un día, Mariana, y tenés que traer a tus chicos, para que vean lo que es la realidad, porque si no los criamos como en una burbuja” (Piñeiro 55).

Y más adelante: “Carmen preguntó si era para el comedor de ‘Los Tigrecitos’. ‘No, otros pobres, no los nuestros’” (Piñeiro 99).

El problema de la distancia no es menor: según Žižek, la presencia no habría de ser intrusiva en ningún caso en relación con los otros. Afirma Žižek:

In short, the Other is just fine, but only insofar as his presence is not intrusive, insofar as this Other is not really other [...] My duty to be tolerant towards the Other effectively means that I should not get too close to him, intrude on his space. In other words, I should respect his *intolerance* of my over-proximity. What increasingly emerges as the central human right in late-capitalist society is the *right not to be harassed*, which is a right to remain at a safe distance from others (Žižek 41).

Lo que proporciona la vida en el *country* es una ilusión de seguridad, gracias a un sistema de vigilancia propio y un consejo de disciplina cuya función es dirimir las dificultades entre los vecinos. Se crea una relación o, mejor, un *ambiente* de confianza y, a medida que la situación exterior vaya degradándose, esa confianza ha de consolidarse mediante la exhibición de una sólida seguridad armada (los fusiles cada vez más numerosos y bien visibles) y mediante la construcción de un muro, que tendría una doble función: evitar que el paraíso del *country* pudiera ser visto desde fuera y, al mismo tiempo, impedir que los residentes puedan contemplar el peligro (característico) del exterior. En su descripción, uno de los personajes afirma:

Es un ambiente de mucha confianza. Si alguien vive en Altos de la Cascada no es un extraño, o no lo será en el corto plazo. Y si vino de visita fue chequeado en la barrera de acceso y eso da cierta seguridad. O ilusión de seguridad. A medida que avanzaba la última década del siglo nosotros nos protegíamos con más vehemencia rejas adentro. Cada vez más requisitos para autorizar que alguien ingrese, cada vez más personal de seguridad en la puerta, cada vez armas más grandes exhibidas a quien quisiera verlas. [...] Incluso estaba previsto cambiar el alambrado perimetral por un sólido paredón de tres metros de altura. Primero se había evaluado la posibilidad de doble alambrado, uno de púa en el exterior y otro más coqueto en la parte interna, pero a la mayoría de los socios no les pareció suficiente. Una pared, pero que nadie pudiera no sólo pasar sino tampoco vernos, ni ver nuestras casas, ni nuestros autos, eso era lo que todos queríamos. Y que nosotros tampoco viéramos hacia afuera. Aunque el paredón todavía no estaba aprobado, por una cuestión estética. Discutían si ladrillo o bloques de concreto hacía más de cinco meses (Piñeiro 76).

Sin embargo, como señala Bauman en *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*:

Ya no hay refugios seguros en los que ocultarse. En el mundo de la modernidad líquida, los peligros y los miedos tienen también consistencia líquida... ¿o acaso gaseosa? Fluyen, calan, se filtran, rezuman... No se han inventado todavía paredes capaces de retenerlos, aunque sean muchos los que intenten construirlas (127).

Altos de la Cascada no puede funcionar como refugio seguro y, de hecho, la novela plantea que es en el interior de ese supuesto refugio, en el corazón mismo del edén, donde ocurre el crimen, a pesar de las alambradas y de la seguridad extrema.

Por lo que se refiere a la gestión de la ley, el *country* tiene un funcionamiento autónomo y aislado, esto es, disociado de la justicia del otro *country*, que es el país-Argentina. Se organiza de la siguiente manera:

El Comité de Disciplina lo componen tres socios. Se ocupan de cualquier infracción denunciada que se cometa dentro del barrio. Y siempre se habla de infracciones y no de delitos. Porque, técnicamente, en Altos de la Cascada no los hay. Excepto que fuera

cometido por personal de maestranza, domésticas u otro tipo de trabajadores, pero entonces la cosa va por otros carriles [...] La justicia del país, la externa, la que está afuera, en los tribunales, en el Palacio de Justicia, casi nunca llega a intervenir. En los delitos de acción privada, al no haber denuncia, no hay delito. Y en los de acción pública, el que podría ejercer la acción no se entera. O no se da por enterado. En Altos de la Cascada nadie denuncia nada en una comisaría. No sólo no es costumbre, sino que está muy mal visto. Se arregla todo rejas adentro. Se denuncia en la administración del *country*, juzga el *country*, sanciona el *country* o perdona el *country*. La policía tampoco entra, la de verdad, ni la Bonaerense ni la Federal, sólo entran los vigiladores que pagan los socios (Piñeiro 187-188).

En ese sentido, la relación contractual que se establece entre los residentes del *country* y los vigilantes impone una forma de entender el mundo basada en la impunidad y en la confianza en un sistema que premia a la élite social. Esa ley propia, además, tiende a sancionar (tal como expone la novela) a aquellas personas que escapan a la homogeneización que opera el ingreso en ese espacio privilegiado. Es el caso de Juani, el hijo de Virginia y Ronie, que será objeto de persecución por el sistema del exclusivo centro educativo inglés privado (Lakelands), que intenta expulsarlo, y también será víctima de ese comité de disciplina por haber cometido dos infracciones (fumar marihuana, como el resto de los adolescentes, que no serán perseguidos; bajarse los pantalones a modo de provocación). Aunque en realidad su infracción mayor consiste en ser un inadapitado. Paradójicamente, este inadapitado es el único que logra establecer un vínculo sólido con otro personaje inadapitado, Ramona (hija adoptiva de Mariana y Ernesto), a la que cambian el nombre a Romina, porque parecía más adecuado al nuevo estatus social al que accede, a pesar de que sus características físicas, según Mariana, no puedan ocultar el origen humilde que ella tanto se esfuerza por aniquilar.

Juntos, desde la infancia, Ramona y Juani han adoptado un curioso hábito nocturno: el de espiar a sus vecinos, “rondar de noche”, pertrechados con sus linternas (Piñeiro 196-197) y contemplar desde un árbol lo que sucede en los espacios íntimos de los demás residentes del *country*. Así, acumulan una información tan valiosa como inaccesible para el resto de los vecinos: están al tanto de las infidelidades de esos matrimonios aparentemente perfectos; son conscientes de la distancia insalvable entre las apariencias y la verdad de lo que ocurre en el interior de esas casas de lujo; contemplan el maltrato que Carla Masotta sufre a manos de su marido Gustavo... Como se señala en el texto: “Romina y Juani no saben qué buscan, pero sí que en un momento, en una rama, mirando a través de una ventana, el juego se acaba, ya está por esa noche, ya no hace falta seguir mirando” (Piñeiro 196-197). Este juego, sólo en apariencia inocente, se convertirá en una pieza clave para resolver el misterio que plantea la nove-

la desde el inicio, porque esta actividad de los adolescentes inadaptados nos permite, gracias a la filmación de la escena de la piscina (obtenida con la cámara digital del padrastro de Ramona), saber qué ocurrió realmente la noche de ese jueves fatídico de septiembre de 2001, en la que aparecen muertos en la pileta tres de los principales personajes de la novela: el Tano Scaglia, Martín Urovich y Gustavo Masotta. La filmación de lo que verdaderamente sucedió en la piscina plantea un dilema ético a los padres de Juani (Virgina y Ronie), que se resuelve en apariencia gracias a la insistencia de los adolescentes, únicos depositarios de una ética clara, que los hará consumir la *expulsión* del *country* al final de la novela. Como ha analizado Lúgia Bezerra, Ramona y Juani funcionan como “the most obvious ‘voices of resistance’” (23) en *Las viudas de los jueves*.

2. Precariedad: los vínculos en crisis

Frente a ese vínculo sólido entre los adolescentes, tejido desde una infancia marcada por la incompreensión de la mayoría, el resto de personajes de *Las viudas de los jueves* evidencian una de las características de lo que Bauman denominó la modernidad líquida, esto es, la precariedad de los lazos humanos: “los lazos humanos se vuelven frágiles y provisionales, con pocas (o nulas) posibilidades de perdurar, y, desde el primer momento, resultan terriblemente sencillos de deshacer a voluntad y (casi) sin avisar” (Bauman 63). Así, la novela tematiza la “disolución de los vínculos y de sociabilidad” (Hortiguera 124). Como insiste Bauman: “El carácter flagrantemente escindible de los vínculos humanos y la frecuencia con la que éstos se rompen actúan como un recordatorio de la mortalidad de la vida humana” (Bauman 64). El ingreso en Altos de la Cascada exige-impone una redefinición de los vínculos: con el pasado, con las relaciones de toda la vida, con las familias, con la experiencia vivida *antes* de formar parte de esa nueva élite. Ese *común olvido* marca de manera fundamental a los personajes de la novela:

Los que venimos a vivir a Altos de la Cascada decimos que lo hacemos buscando “el verde”, la vida sana, el deporte, la seguridad. Excusados en eso, inclusive ante nosotros mismos, no terminamos de confesar por qué venimos. Y con el tiempo ya ni nos acordamos. El ingreso a La Cascada produce cierto mágico olvido del pasado. El pasado que queda es la semana pasada, el mes pasado, el año pasado “cuando jugamos el *intercountry* y lo ganamos”. Se van borrando los amigos de toda la vida, los lugares que antes parecían imprescindibles, algunos parientes, los recuerdos, los errores. Como si fuera posible, a cierta edad, arrancar las hojas de un diario y empezar a escribir uno nuevo (Piñeiro 26).

Y quien no puede olvidar partes o personas de ese pasado está condenado a sufrir y a vivir en una permanente insatisfacción, que tendrá como consecuencia, por ejemplo, el alcoholismo (el caso de Carmen Insúa, que tuvo que renunciar a su persona de confianza y niñera, excluida porque no encajaba en el nuevo medio elitista por sus características físicas y su origen paraguayo) o la inadaptación y la incompreensión de su entorno (es el caso de Ramona, que reivindicará su nombre frente al impuesto en la adopción). Esa ruptura de los vínculos evidencia la precariedad de los mismos.

La (compleja) relación con los otros será una constante en esta novela. Carmen Insúa asiste a una conferencia sobre *feng shui* (impartida por “un maestro de Feng shui de Palo Alto, California”). El conferenciante habla en inglés y a ella, que no domina en absoluto el idioma, le da vergüenza utilizar los cascos de la traducción simultánea y divaga:

“Tomemos del Feng Shui lo que nos sirve, y dejemos el resto para los otros” [dice el conferenciante]. Carmen se colgó de la palabra “otros” y se perdió la siguiente fase. Pensó si los otros serían los chinos, o los que no estaban allí escuchando al maestro, o su padre, que desde que su madre lo había dejado había vivido solo en un departamento de un ambiente en Caballito que mantenía Alfredo, y que ahora descansaba en la parcela del Memorial comprada por Alfredo. Los otros también podrían ser la secretaria de su marido, en su versión “la otra”. O su madre, con la que no hablaba desde el entierro de su padre y a la que consideraba más muerta aún que a él. Las mujeres que participaban de los torneos de burako que ella organizaba en otra época con Lala o Teresa no eran “los otros”, porque estaban allí y la saludaban. “Otros” que nunca fueron definidos, o que tal vez se perdieron en la traducción simultánea. Pero que no eran ellos (Piñeiro 100-101).

En todo caso, ni siquiera la clase trabajadora alcanza la categoría de *otros* desde el punto de vista de esa clase privilegiada: mucamas, personal de mantenimiento, caddies, *parquistas*, personal de seguridad... no acceden a esa categoría, permanecen invisibles (dentro y fuera del espacio protegido), considerados vagamente como una amenaza latente por excluidos. Y, al final de la novela, es decir, a finales de 2001, esa crisis económica confirma la desintegración social, y la concreción de la amenaza y la inminencia de la violencia se identifican con o se proyectan sobre esos personajes invisibles y sin voz a lo largo del texto:

El guardia nos advirtió: “Vayan directo a la ruta sin pasar por Santa María de los Tigrecitos; no hay que agarrar ese camino, hay un informe de seguridad”. “¿Qué pasa?”, pregunté. “Está feo el clima”. “¿Cortaron la ruta?” “No sabría decirle, pero hasta la misma gente de los Tigrecitos están haciendo barricadas, tienen miedo de que vengan”. “¿Quiénes?”, le dije. “Los de las villas supongo, dicen que están saqueando del otro lado de la ruta. Pero no se preocupe, acá estamos preparados. Si vienen, los vamos a

estar esperando”. Y cabeceó hacia otros dos guardias parados a un costado, junto al cantero de azaleas, armados con fusiles (Piñeiro 246).

El peligro se ubica en el exterior para los habitantes del *country*, en los márgenes, en el lugar de los excluidos. Se construyen unas políticas del miedo, porque, como decía Žižek, en un mundo despolitizado, supuestamente objetivo, el miedo actúa como un “basic constituent of today’s subjectivity” (Žižek 40). Y resulta paradójico, porque esa conversación con el guardia se mantiene al final de la novela, cuando Ramona, Juani y los padres de Juani (Virginia Guevara y Ronie) huyen del horror del crimen ocurrido en el interior del *country* y filmado de forma azarosa por los dos adolescentes.

La precariedad de los lazos humanos, característica de la modernidad líquida, quizá el tributo más característico de la misma (Bauman 64), queda consignada por una de las voces narrativas, Virginia Guevara, que lleva una libreta roja en la que anota y recopila información valiosísima de los residentes de Altos de la Cascada. Por ejemplo, Guevara tiene fichadas todas las casas (en venta o no) de la urbanización, incluida la suya: “porque se había dado cuenta antes que todos de qué se trataba la cosa, tanto, que hasta tenía fichada su propia casa” (Piñeiro 52). En esa libreta el personaje de Virginia reflexiona y anota avisos para navegantes o pistas que indican la fragilidad de los vínculos: “¿Se puede llegar a ser verdaderamente amigo de alguien a quien uno conoce a través de su bolsillo?” Y respondió ella misma a pie de página: “Por el bolsillo pasan todas las miserias” (Piñeiro 53).

En este sentido, *Las viudas de los jueves* muestra la pérdida de valor de los vínculos, tanto dentro como fuera del *country*. Quizá sea inevitable si compartimos el análisis de Bauman. Parece pertinente también la reflexión de Byung-Chul Han, cuando más recientemente, en *No-cosas. Quiebras del mundo de hoy*, afirmaba: “Hoy, los lazos fuertes pierden cada vez más importancia. Son, sobre todo, improductivos, porque los lazos débiles aceleran por sí solos el consumo y la comunicación. Así, el capitalismo destruye sistemáticamente los lazos” (94). Han alude a nuestra relación con los objetos, pero la afirmación resulta válida en lo que se refiere a las relaciones de los personajes de esta novela.

3. Crisis económicas: afrontar la realidad desde el supuesto paraíso del *country*

Las crisis económicas repercutirán inevitablemente en el *country*. La libreta roja de Virginia Guevara funciona como símbolo potencialmente desestabilizador de la vida en el interior de Altos de la Cascada y, frente al mundo de las apariencias, es un elemento que permite consignar y *nombrar* las diferentes crisis económicas, que tendrán su in-

cidencia en el paraíso cerrado del *country*, por más que sus habitantes pretendan vivir de espaldas a esa realidad del exterior: “1994, Efecto Tequila”, “1997, Crisis Asiática”, “1998, Efecto Vodka”, “1999, Efecto Caipirinha”. De ahí que la protagonista decida nombrar la última crisis, la de 2001, con el nombre “2001, Efecto Mate cocido” (Piñeiro 208-209). Junto a esas crisis, la responsable de la agencia inmobiliaria explicita los efectos catastróficos de las mismas en el interior de la urbanización. Y destaca el hecho de que los afectados por las crisis son cada vez más numerosos y los daños de esa crisis económica, más previsibles. Como señala Virginia en su libreta:

Es que el error de muchos de nuestros vecinos fue creer que se podía vivir eternamente gastando tanto como se ganaba. Y lo que se ganaba era mucho, y parecía eterno. Pero algún día se corta el chorro, aunque nadie lo hubiera sospechado hasta no verse enjabonado en medio de la bañera, mirando hacia la flor de la ducha de donde no cae ya ni una gota de agua (Piñeiro 209-210).

La expectativa del capitalismo basado en un crecimiento continuo y en una acumulación de riqueza sostenida prefigura el horizonte de expectativas de los personajes de la novela. Por eso, cuando la crisis ya no se puede negar, cuando —tras meses sin trabajo— los protagonistas comprueban la dificultad de reintegrar el mercado laboral igualando o mejorando el estatus adquirido, las soluciones para revertir la situación no contemplan, en el caso del personaje Tano Scaglia, un descenso en su nivel de consumo, un recorte drástico de su modo de vida consumista, en las expectativas de sus familiares y amistades: cuenta y re-cuenta, suma sus ahorros y concluye que, al mismo ritmo, su estilo de vida sólo podría ser garantizado por quince meses:

Entró en la página de su cuenta bancaria. Tipeó su nombre y su clave. Miró los saldos. Los anotó en su calculadora, los sumó. Sumó la plata que tenía en una cuenta afuera. Bonos, que habían perdido gran parte de su valor de cotización gracias al aumento del riesgo país. Si pudiera esperarlos, seguramente los cobraría, pero dudaba de esa espera. Buscó en la computadora su planilla Excel de presupuesto de gastos. Dividió el importe de la sumatoria de sus saldos por el de sus gastos mensuales. Quince meses. En quince meses, al mismo ritmo de gastos, empezarían a tener problemas. Todos. Él, Teresa y los chicos (Piñeiro 218-219).

Renunciar a ese estilo de vida en el que el poder adquisitivo constituía un elemento indispensable de su identidad es imposible para el Tano Scaglia: es inviable dejar de pagar el exclusivo centro educativo o financiar las actividades deportivas de sus hijos y de Teresa, su mujer: “Cine, ropa, música, vinos, todo era necesario si quería seguir manteniendo la vida que llevaban. Y el Tano no se imaginaba llevando otra vida” (Piñeiro 219). La pérdida de ese estilo de vida supondría la pérdida de su identidad. Porque lo que verdaderamente define a los residentes de Altos de la Cascada es su

poder adquisitivo y su nivel de consumo. Son consumidores. Y, como señala Bauman, el escenario moderno líquido es “el contexto en el que se enmarca la sociedad de consumidores” (Bauman 67).

Cuando la pérdida de trabajo se convierte en una epidemia que golpea de lleno a los habitantes de Altos de la Cascada, Martín Urovich (que no se esperaba su despido, como otros tantos) aplica, a diferencia del Tano, una estricta política de recortes para intentar salvar los ahorros de la economía familiar y mantenerse en la casa del *country*. Sin embargo, su mujer Lala lo critica, lo califica de “miserable”: “[...] está hecho un miserable, te juro. Me prohibió hasta el té Twinings, ¿podés creer?” [dice Lala a Teresa]. “Con tipos así te queda una sola opción, mentirle. Y sin culpa, porque es por su bien” [responde Teresa]” (Piñeiro 142). Empeñada en no ver la crisis, escudada en su estilo de vida, que defiende a toda costa, Lala no entendió ni quiso registrar lo que sucedía a su alrededor en el pequeño paraíso cerrado. Por eso, Martín Urovich no tiene más opción que confrontarla a la realidad cruel de los números:

Una noche Martín la sentó frente a él en el escritorio y le mostró una planilla llena de números. ¿Por qué su marido hacía una cosa así? No entendía. Lala nunca fue buena para los números. Lo escrito en el papel se le aparecía confuso y hasta borroso. Martín hablaba. Que el ochenta por ciento de sus ahorros estaban en bonos de la deuda, que los bonos cada vez cotizaban más bajo. Lala no podía seguirlo; él nunca le hablaba de porcentajes o de bonos. Que lo que les quedaba, si seguían viviendo en Altos de la Cascada, mandando a Ariana al mismo colegio, pensando que Ariel el año que viene tenía que empezar la facultad, manteniendo la misma frecuencia de salidas y recambio de ropa, sin dejar de jugar al tenis, al golf, de ir a pintura y a equitación, mucama y demás gastos, se acabaría en exactamente cinco meses. Lala sintió un mareo. No había captado los detalles, pero sí lo del plazo. Cinco meses era demasiado pronto (Piñeiro 212).

La distinta actitud de los personajes ante la crisis es significativa de la división entre ganadores y perdedores: Tano Scaglia representa al ganador, al competidor nato en todos los ámbitos de su vida; Martín Urovich es definido como un perdedor: “estaba ‘programado para el fracaso’” (Piñeiro 111), como le llega a reprochar su mujer delante de otros vecinos. Así, la crisis económica termina escindiendo a la clase media, como explica Svampa en *Los que ganaron*. Martín y Lala Urovich optarán por emigrar a Miami, lugar identificado como el paraíso de consumo en el imaginario latinoamericano (Bezerra 25) a pesar de no tener contactos allí y de que Lala no supiera hablar inglés. Pero es ella la que justifica la elección con las siguientes palabras: “‘Porque es una ciudad donde se pueden hacer cosas, todo funciona bien, hay oportunidades de negocios dando vueltas por todas partes, lo respirás. En Miami, con plata, tenés un futuro. Acá en poco tiempo no vamos a tener nada’, repitió Lala las palabras de su padre”

(Piñeiro 212). Esto es, Miami representa una especie de tierra prometida donde poder empezar de cero, sin testigos del pasado, reproduciendo la misma lógica económica que los había llevado hasta la cumbre de su buena fortuna en Altos de la Cascada. Por su parte, el modelo del ganador Scaglia no puede contemplar siquiera esa posibilidad: “Él no podía dejar que su familia cayera ni acá ni en ningún lugar del mundo. No se trataba de que la caída no se viera sino de no dejarse caer. Él tenía que poder otra cosa” (Piñeiro 218-219). Por eso, idea un plan para estafar a la aseguradora y que su familia logre cobrar su seguro de vida (negociado con su antigua empresa holandesa, Troost), valorado en quinientos mil dólares.

En general, en *Las viudas de los jueves* los personajes de clase media-alta siguen un modelo de roles de género que podríamos llamar tradicional patriarcal, según el cual las mujeres no trabajan fuera de casa (y en el interior gestionan el trabajo asalariado de las personas que se ocupan del día a día y que no intervienen ni como narradores ni a los que casi se les concede voz, son testigos del desmoronamiento de un sistema económico que los ha hecho todavía más vulnerables), mientras que los hombres parecen los únicos encargados de proveer a través de trabajos excelentemente remunerados y en la capital. Muchas veces, son el único contacto con la realidad exterior que mantienen las mujeres. Las mujeres de clase media de la urbanización tienen tiempo libre, se dedican a actividades culturales y deportivas, se cuidan con masajes semanales y desarrollan actividades caritativas. Viven aisladas de Buenos Aires, donde acuden —poco— ya solo como turistas. En muchos casos, son los maridos los que les aportan noticias del exterior. Viven literalmente al margen. Y, cuando no es así, en el caso de Virginia, una de las voces narrativas, esta ‘anomalía’ es castigada socialmente por la crítica constante (e hipócrita) de los otros personajes.

Virginia Guevara representa el caso de alguien que creyó en el sistema, pero que tuvo la lucidez de ver las fallas del mismo, que descodificó los signos exteriores de una crisis económica e intuyó que su marido, Ronie, el primero de los residentes del *country* en perder el trabajo, no iba a conseguir integrarse en el tejido laboral tan fácilmente, de ahí que decidiera ella convertir su *hobby* en un negocio inmobiliario dentro de la urbanización, “casi como un juego” (Piñeiro 30). La pérdida del trabajo de Ronie (que, a diferencia de su mujer, se niega a ver la realidad y vive fantaseando con proyectos de negocios que nunca se concretan) impacta directamente ambos personajes y se convierte en una de las causas, ¿la principal?, de la crisis de la pareja, una crisis que se manifiesta, desde las primeras páginas, en la ruptura de la comunicación, en el silencio, solo roto por la charla mínima obligada de las interacciones cotidianas:

Un pacto tácito de frases hechas encadenadas, palabras que iban llenando el silencio, con el propósito de ni siquiera tener que hablar del silencio. Palabras huecas, caparazones de palabras. Cuando me quejaba, Ronie argumentaba que hablábamos poco porque pasábamos demasiado tiempo juntos, que no podía haber mucho que contar si no nos separábamos durante buena parte del día. Y eso era así desde que Ronie se había quedado sin trabajo seis años atrás, y no había vuelto a tener otra ocupación, a excepción de un par de proyectos que nunca terminaban de concretarse. A mí no me importaba tanto descubrir por qué la relación se había ido descascarando de palabras, sino por qué yo recién me di cuenta cuando el silencio se había instalado en la casa, como un pariente lejano al que no queda más remedio que hospedar y atender. Y por qué no me dolía. Tal vez porque el dolor fue ganando su lugar de a poco, en silencio. Igual que el silencio. [...] Desde que se había quedado sin trabajo, Ronie guardaba cierto resentimiento que afloraba en el momento menos oportuno. Ese mecanismo de adaptación social que hace que no digamos lo que tenemos que decir, en mi marido hacía rato que fallaba (Piñeiro 12-13).

Es decir, la crisis impregna las relaciones sociales tanto en el exterior como en el interior de ese espacio privilegiado y cerrado. Y eso se aprecia desde el inicio de la novela. Virginia Guevara será capaz de adaptarse a ese medio en poco tiempo (llama la atención que lo que posibilita su acceso a esa urbanización exclusiva sea el suicidio de uno de los residentes). Sin embargo, no es hasta que su hijo Juani se ve señalado como distinto, como un elemento disonante que habría que excluir, cuando Virginia experimenta lo que “se siente al ser distinto de la mirada de los demás” (Piñeiro 112). Y ahí reconoce que la lógica de la exclusión impuesta por el *country* afecta a la religión, en concreto, a los judíos, a pesar de que miembros de la comunidad judía habían participado en la fundación de ese *country* club. El personaje de Virginia Guevara reconoce lo siguiente: “Ésa debe ser una de las pocas cosas que nunca me atreví a escribir en mi libreta roja: que los judíos no son bienvenidos por algunos de mis vecinos. No lo escribí, pero lo sabía y eso me hace cómplice” (Piñeiro 112). Y, si al principio trató la cuestión con ligereza o incluso frivolidad, cuando su hijo es considerado excluible por la mirada de los otros, expresa su arrepentimiento por haber sido cómplice de esa exclusión.

4. Crisis económica y miedo líquido

Otra de las consecuencias de esta crisis económica será el miedo, que atraviesa toda la novela. Así, desde las primeras páginas, Virginia describe la extraña actitud de su marido que, inicialmente, ella confunde con nerviosismo, pero que pronto averiguará que es miedo por lo que vio aquella noche fatídica en la que tuvo lugar la última reunión de los vecinos-amigos (Tano Scaglia, Gustavo Masotta, Martín Urovich y Ronie Guevara) y que terminaría con la muerte de tres de ellos. Habla Virginia:

Y era difícil sospecharlo [que su marido tuviera miedo-habla Virginia], Ronie nunca le había tenido miedo a nada. Ni siquiera a lo que yo le tenía miedo, al miedo que había aparecido hacía unos meses y que no me dejaba ni de día ni de noche. Ese que hacía que parada frente a la heladera me olvidara de lo que estaba haciendo. El miedo que me acompañaba siempre aunque fingiera, aunque me riera, aunque hablara de lo que fuera, aunque jugara al tenis o estuviera firmando una escritura (Piñeiro 14).

La descripción de Virginia coincide con esa forma difusa del miedo de la que habla Bauman en *Miedo líquido*: “el miedo es más temible cuando es difuso, disperso, poco claro; cuando flota libre, sin vínculos, sin anclas, sin hogar ni causas nítidas; cuando nos ronda sin ton ni son; cuando la amenaza que deberíamos temer puede ser entrevista en todas partes, pero resulta imposible de ver en ningún lugar concreto” (Bauman 19). El miedo irrumpe en la vida cotidiana de los habitantes de Altos de la Cascada. Con miedo vive Carla Masotta la relación de abusos a la que su marido la arrastra una y otra vez y que hace que se muden regularmente para empezar de nuevo otra vida que siempre termina en maltrato machista. Carla comprende que su única escapatoria es salir del infierno que para ella representa la vida en ese lugar pretendidamente paradisiaco, por eso le pide trabajo (sin cobrar, si es necesario) a Virginia Guevara en su negocio inmobiliario en lo más crudo de la crisis económica. Al final de *Las viudas de los jueves*, el miedo se verbaliza públicamente por primera vez cuando, a punto de salir y huir del *country* en coche para denunciar lo que ocurrió durante la última reunión de los jueves, Virginia (acompañada de Ronie, Ramona y Juani) pregunta a su marido: “¿Te da miedo salir?” (Piñeiro 246). La pregunta retórica adquiere mayor fuerza simbólica puesto que la novela termina así. En palabras de Bauman, “‘miedo’ es el nombre que damos a nuestra *incertidumbre*: a nuestra *ignorancia* con respecto a la amenaza y a lo que hay que hacer para detenerla en seco, o para combatirla, si pararla es algo que está ya más allá de nuestro alcance” (Bauman 19).

Las viudas de los jueves tematiza las tres clases de peligros que identifica Bauman en la sociedad líquida: “los que amenazan el cuerpo y las propiedades de la persona” (Bauman 12) y que tratan de combatirse mediante la creación de un espacio privilegiado o *country*, que implica una lógica de exclusión/inclusión; “aquellos que amenazan la duración y fiabilidad del orden social del que depende la subsistencia (trabajo) o la supervivencia” (Bauman 12): las sucesivas crisis económicas que han destruido los puestos de trabajo que garantizaban la subsistencia y su correspondiente estatus social; y, por último, “aquellos que podrían desestabilizar el lugar del individuo en su mundo (esto es, su identidad de clase, de género, étnica o religiosa, su jerarquía social), que podrían terminar en la exclusión social” (Bauman 12). La pérdida del puesto de trabajo afecta a la esfera íntima, especialmente porque los personajes masculinos

han construido su identidad sobre la figura del proveedor y, al no poder cumplir con ese papel, su construcción identitaria se desmorona. Además, el hecho de no poder consumir al ritmo habitual resquebraja la imagen social de los personajes y, ante eso, unos huyen y otro prefiere morir y dejar el dinero de su seguro de vida a su familia.

Finalmente, el supuesto espacio seguro que representa una urbanización privada, con sus propias leyes y su sólida seguridad privada, no logra combatir ni la inseguridad, ni la violencia, ni la incertidumbre que definen las modernas sociedades líquidas. Este tipo de sociedad funciona, así, como “un artefacto que trata de hacernos llevadero el vivir con miedo” (Bauman 15). El fracaso de la construcción de ideal del *country* evidencia más que nunca que “ya no hay refugios seguros en los que ocultarse” (127).

5. Conclusiones

Hemos analizado la representación que se realiza en *Las viudas de los jueves* de las manifestaciones de las crisis económicas y sus consecuencias. La fragmentación social se muestra a través del *country*, que constituye el símbolo extremo de la exclusión. La novela ofrece una reflexión interesante al demostrar que ignorar a los otros no exime del peligro que a esos otros se les atribuye y ni siquiera permanecer a una distancia de esos otros puede salvar a los habitantes del *country* de nada, puesto que el horror está dentro de ese supuesto paraíso.

La precariedad y pérdida de los vínculos sociales puede leerse como una consecuencia más del capitalismo, en tanto destructor de esos lazos, como apuntaban Bauman y Han. En la modernidad líquida impera una sociedad de consumidores, de individualidades que se miden por el consumo desaforado y, cuando esto se ve amenazado por las diversas crisis económicas, los personajes huyen de su realidad para intentar empezar de nuevo imitando el mismo modelo que los ha llevado a esa crisis o planean un suicidio para estafar a la compañía aseguradora.

Las crisis económicas impactan en todos los ámbitos de la vida en *Las viudas de los jueves*: público y privado, social e íntimo, exterior e interior (del paraíso cerrado que representa el *country*). La novela expone las consecuencias y problemas de la modernidad líquida: la incomunicación, la incertidumbre, la política del miedo que se construye frente a los otros, como señalaba Žižek, y el miedo líquido, difuso y constante que explica Bauman, que no se logra sobrellevar sin cicatrices y que, en el texto, iría *in crescendo* hasta que se verbaliza públicamente al final como una suerte de ruptura con esos principios que la crisis ha ido desmoronando.

Bibliografía

- Bauman, Zygmunt. *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. Traducido por Albino Santos Mosquera, Barcelona, Paidós, 2007.
- Bezerra, Lúcia. "Everyday Life in the Mcondo World: Consumption and Politics in Claudia Piñeiro's *Las viudas de los jueves*". *Chasqui*, vol. 41, no. 2, 2012, pp. 19-32.
- Copertari, Gabriela. *Desintegración y justicia en el cine argentino contemporáneo*. Woodbridge, Tamesis, 2009.
- Elias, Norbert y John L. Scotson. *Logiques de l'exclusion. Enquête sociologique au coeur des problèmes d'une communauté*. 1965. Traducido por Pierre-Emmanuel Dauzat, Paris, Fayard, 1997.
- Emcke, Carolin. *Contre la haine. Plaidoyer pour l'impur*. 2016. Traducido por Elisabeth Fussler, Paris, Seuil, 2017.
- Griesse, James M. "Economic Crisis and Identity in Neoliberal Argentina: Claudia Piñeiro's *Las viudas de los jueves*". *The Latin Americanist*, vol. 57, no. 4, 2013, pp. 57-72.
- Han, Byung-Chul. *No-cosas. Quiebras del mundo de hoy*. Traducido por Joaquín Chamorro Mielke, Madrid, Taurus, 2021.
- Hortiguera, Hugo. "Después de la globalización, la destrucción de lo social en dos filmes argentinos: *Las viudas de los jueves* y *Carancho*". *Letras Hispánicas*, vol. 8, no. 1, 2012, pp. 112-127.
- Piñeiro, Claudia. *Las viudas de los jueves*. 2005. Barcelona, Alfaguara, 2021.
- Raso, Laura Elina. "El edén cercado. Segregación espacial y construcción de identidades en las urbanizaciones privadas". *Tópicos del Seminario*, no. 24, 2010, pp. 25-39.
- Rendueles, César. *Contra la igualdad de oportunidades. Un panfleto igualitarista*. Barcelona, Seix Barral, 2020.
- Svampa, Maristella. *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Madrid, Taurus, 2005.
- _____. *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*. Buenos Aires, Bibles, 2008.
- Žižek, Slavoj. *Six Sideways Reflections*. New York, Picador, 2008.